

31 de Octubre, Día de la Reforma¹

Estimado lector, en este documento vas a encontrar tres sermones relacionados con el concepto de reforma. La formulación de tales sermones no es exactamente homilética, pues notarás más el estilo de ensayo. Con todo, espero que su contenido te proporcione ideas para tus propios sermones, o incluso te sirva de devocional.

JESÚS, ¿EL REFORMADOR? (Mateo 3,1-17)

Introducción: un pequeño reformador en potencia.

Cuando hablamos de 'Reformadores' con mayúscula, solemos referirnos a los padres de la Reforma del s.XVI, como Lutero, Calvino, Zuinglio, etc., (aunque en propiedad debiéramos incluir también a los padres de la reforma radical). Pero no consideramos a Jesús desde su ángulo de 'reformador religioso', ya que él es más que un reformador, él es la "cabeza del ángulo" (piedra angular) sobre la que se levanta la iglesia.

Aún así, el Jesús que "anduvo sobre la mar", el Jesús de a pie, fue parte de una comunidad de fe (la comunidad judía) y, seguramente, formó parte de una fracción particular de aquella comunidad: el movimiento del bautista. Al menos, es lo que queda insinuado por el relato que nos ocupa. Y precisamente, es dentro de esta fracción del judaísmo que Jesús muestra su propósito reformador, como hemos de ver.

Pero antes de seguir adelante, la pregunta es: ¿qué tan importante o significativo es que hablemos de Jesús como reformador? ¿Qué tiene esto que ver con un sermón? Y mi respuesta es: *todo creyente evangélico es un pequeño reformador en potencia. Y añadiría: y no estoy seguro de que esto sea tan bueno como cabría esperar.* Dado que en octubre se celebra el 'Día de la Reforma', concretamente el día 31, quizás sea ésta una buena ocasión para hablar de nuestro espíritu reformador o inconformista y de las reservas que ello puede suscitarlos, al menos a algunos.

¹ Los tres sermones de este documento han sido publicados en Ayudas Ministeriales, Octubre 2006.

Jesús, reformador del movimiento bautista

Si por reformador entendemos a la persona que pretende depurar una comunidad de fe que considera desviada de sus orígenes, no cabe duda de que Juan el Bautista lo era. No hay más que escuchar lo que nuestro relato dice de él:

- * predicaba en el desierto, lugar de purificación según los profetas (cf. Os 2,14);
- * predicaba el arrepentimiento, lo que supone la conversión, el cambio de camino;
- * los ritos bautismales eran parte fundamental de su predicación, lo que era típico de los movimientos judíos de renovación;
- * su predicación le lleva al enfrentamiento con las autoridades religiosas contemporáneas (las llamaba “generación de víboras”);
- * anunciaba el castigo inminente (“el hacha está ya puesta a la raíz del árbol”) de los impuros;
- * no se predica a sí mismo, sino a otro, quien traería el juicio, y juicio por fuego (“limpiaré su era [...] quemará la paja en fuego [...]").

¡Menudo ‘reformador’ debió ser Juan el Bautista! Sus predicaciones debieron resultar atronadoras y, con tanta imagen de fuego en su boca, relampagueantes. (Por supuesto, también hoy oímos a algunos predicadores atronar desde los púlpitos, pero pocos --¿acaso alguno?- viven en y del desierto, ...).

Pero ahora fijémonos en lo que el mismo relato cuenta de Jesús, el anunciado por el Bautista:

- * se somete al mismo bautismo que quienes han respondido con arrepentimiento a la prédica de Juan;
- * ante la negativa de éste, afirma que se ha de cumplir así la justicia, como anunciando que el juicio de Juan lo ha de llevar él mismo;
- * Dios lo declara su hijo, y el Espíritu del que hablaba Juan (v.11) desciende sobre él, pero no así el fuego que debía acompañarle, sino una paloma.

Tras este episodio en el que Jesús parece que va a marcar claras diferencias en su ministerio con respecto al de Juan, no es extraño que éste dudara sobre si realmente Jesús era el mesías esperado (cf. Mt 11,1-19). En otras palabras, con su bautismo, Jesús ha trocado (¿reformado?) el mensaje de un mesías que traería juicio de fuego por un ministerio mesiánico de restauración del pobre, débil y enfermo (un ministerio de sanidad) y de enseñanza y guía de las

masas (ministerio de predicación). Y esto es lo que, en efecto, vemos en los Evangelios sobre el ministerio de Jesús. Y esto es lo que le llevaría a la cruz.

Insisto pues en que Jesús reformó el mensaje de Juan el Bautista. Y sin embargo,, y sin embargo Jesús afirmaba predicar lo mismo que él (compárese la idéntica síntesis que Mateo hace de sus respectivas predicaciones en 3,2 y 4,17). Es más, le ensalza como heraldo verdadero del mesías (cf. 11,9-14). Es decir, Jesús, a pesar de entender de modo distinto el ministerio mesiánico, se ve a sí mismo y a su ministerio en plena continuidad con Juan, por lo que le ensalza como fiel predecesor.

Tú y yo, ¿unos pequeños reformadores en potencia?

Por lo que acabo de decir sobre Jesús, ¿se adivina ya por qué tengo ciertas reservas al espíritu reformador que nos caracteriza a los creyentes evangélicos? Seguro que más de uno lo tiene claro en su mente: porque mucho de lo que hoy día vemos y vivimos en nuestras iglesias, no son más que parodias de reforma. Abundan las peleas “por un quítame de allí esas pajas”, y a resultas se multiplican las divisiones, y muchas de las nuevas iglesias echan a andar como si no tuvieran una deuda con su propia historia. Y pululan por unos y otros lugares, gran cantidad de ‘líderes’, cada uno con su librito, pero presentándolo como si fuera el nuevo eón universal. Y así, por desgracia, se solapan los sinceros anhelos de genuinidad y pureza con la arrogancia del auto-proclamado pequeño reformador que ha perdido de vista su propia genealogía.

Debo confesar que mis palabras pueden estar marcadas por mi escepticismo: escepticismo ante todo avivamiento y todo clamor de retorno a las raíces, porque lo que en realidad veo no es más que un desprecio por quienes, a pesar de nuestras diferencias, nos han transmitido la fe. Jesús marcó sus diferencias con Juan, y éste con las autoridades judías. Pero ambos fueron leales entre sí, y leales a su propio pueblo, aunque tengo la impresión de que Jesús, que anduvo entre la gente y sólo puntualmente iba al desierto, estuvo mucho más cerca que Juan de la gente, de las multitudes y sus miserias cotidianas (cf. Mt 9,36).

José Antonio Marina, en su libro *Por qué soy cristiano*, dice lo siguiente:

El cristianismo [...] no tiene esencia, sino historia, y no es posible comprenderlo sin conocer su genealogía. (pág. 11)

Y tiene toda la razón del mundo, además de que este concepto es netamente judío: sólo podemos contribuir a reformar nuestro propio pueblo (que es

tanto como decir nuestro propio ser), cuando somos enteramente leales a su historia y a todas sus gentes, con toda su diversidad y con todas sus deslealtades. Y esto vale tanto como decir que no podemos ser verdaderos reformadores si no tenemos la humildad de sabernos no más que una diminuta parte de ese pueblo.

Cuando los evangelistas se muestran interesados en vincular a Juan o Jesús con las profecías de las escrituras (por ejemplo, en Mt 3,3 o 4,15-16), no lo hacen sólo para avalar sus respectivos ministerios; también están afirmando su ser parte de esa historia, por más que a muchos sus predicaciones les sonaran extrañas. A decir verdad, a mi no me gustaría ser el cumplimiento de una profecía, porque sería tanto como decir que nada tengo que decir sobre mi propio destino. Sin embargo, Juan y Jesús lo asumen en tanto que esas profecías les convierten en instrumentos de Dios al servicio de su pueblo. Por eso, por muy duros que sean con éste, tienen plena conciencia de que en realidad no aportan nada nuevo, todo estaba ya anunciado: no son más que siervos al servicio del amor de Dios por su pueblo.

Conclusión: Si hay que ser un pequeño reformador

Si tú y yo tenemos inquietud por cambios en nuestra iglesia (sea denominación o comunidad local), o por una mayor pureza o fidelidad al Evangelio, asegurémonos también de amar a fondo a nuestro pueblo y sus gentes, y de conocer bien y amar su propia historia, que es lo mismo que amar al pueblo con sus propios lastres.

De hecho, antes de romper nada, ya sea por cualquier reformilla de tres al cuarto o por una razón de peso, deberíamos recordar que Jesús, ante el rechazo que sufría, a lo que se añadió la traición de uno de los suyos, no acudió a una ruptura con su pueblo haciendo descender del cielo un ejército en auxilio de su rey (cf. Mt 27,42) --¡aún cuando toda la razón del mundo le asistiera!--, sino que fue a la cruz y permaneció en ella soportando el escarnio, entre otros, de sus grandes enemigos: las autoridades religiosas (cf. Mt 27,41-42).

Si hay que seguir pues el ejemplo de algún reformador, si por algún motivo somos llamados a ser pequeños reformadores en nuestro entorno, que la cruz de Cristo sea también nuestro modelo.

LA IGLESIA: LA REFORMADORA REFORMADA
(Hechos 2,42-27)

Introducción: la iglesia, una experiencia nueva, pero no tanto

El sumario del libro de Hechos sobre la primera iglesia de Jerusalén, llama mucho la atención por la naturalidad con la que resume las características de una nueva comunidad de fe judía. De hecho, hay un doble sumario: el del v.42, que luego es 'desplegado' en 43-47. Fijémonos en el v.42:

- * Se siguen las enseñanzas de los apóstoles;
- * se aplica una disciplina comunitaria (koinonía);
- * y se vive un rito sencillo de la fracción del pan y las oraciones.

Como cualquier otro partido religioso judío, esta nueva comunidad tenía sus 'líderes', su disciplina comunitaria y sus ritos propios. Pero también como muchos otros partidos, mantenía su fidelidad al Templo (cf. v.46). Por todos estos datos, incluyendo el 'éxito' (aunque en realidad se habla de bendición) señalado en el v.47, se puede afirmar que la naciente iglesia tenía mucho parecido con los distintos movimientos judíos de renovación que crecieron en la época del Segundo Templo.

Es decir, podemos catalogar a aquella iglesia naciente de un movimiento de reforma del judaísmo de su tiempo. Bien, ¿pero y qué? ¿Qué nos plantea esto a nosotros? En mi opinión, lo siguiente:

Aquél movimiento de reforma que quiso purificar el judaísmo, fracasó en su pretensión; pero es más, en realidad, él mismo sufrió una reforma interna.

Bien, ¿y? Pues que esto me lleva al tema principal de este sermón:

Que quien busque reformar a otros, se prepare para sufrir reformas en sus propias carnes. Y esto vale tanto en lo personal como en lo institucional y comunitario.

La iglesia: una reforma se va al traste y otra nace

Históricamente, es obvio que la iglesia no llevó el judaísmo a las aguas de su molino; todo lo contrario, se produjo finalmente la ruptura, lo que agudizó y afianzó las diferencias. Por tanto, la iglesia fracasó en este propósito concreto. Pero además, muchos creen que la iglesia de Jerusalén fue un fracaso en sí misma, esto es, en su propia forma de vida.

Por supuesto, yo tengo mi propia teoría más o menos ilustrada, pero no interesa aquí. Sólo diré que mi visión es más positiva, en la medida que el sumario propone un modelo radical que no debe perderse, aún cuando la propia historia del libro de Hechos registra su práctica desaparición en la iglesia antigua, sobre todo en la paulina. Admitamos pues, y sólo a efectos de este sermón, que hay que hablar de una experiencia comunitaria que se fue al traste (algunos hablarían del 'experimento' de Jerusalén, no sin cierto tono peyorativo).

Lo interesante del 'fracaso' de Jerusalén, es que justo donde comienzan sus problemas (a partir del relato sobre Ananías y Safira en Hch 5), comienza también una reforma de la propia iglesia primitiva. Y esta reforma, que se produce a través de circunstancias que, en principio, parecen estar fuera del control de la propia iglesia (deslealtades, persecución, disensión interna, etc.), conduce a una reforma radical de la propia iglesia que, finalmente, aparece realmente presidida por el Espíritu. Por eso, podemos hablar de la iglesia como la reformadora reformada.

Es muy sugerente ver que una iglesia que experimentó una de las vivencias más profundas de la fe como es la comunión fraterna, lo hizo por una comprensión equivocada de su escatología: esperaba que el Señor retornara a Jerusalén y por eso se aglutinaron en esa ciudad, pero esto la llevó también a desactivar todas las cautelas humanas que impiden la creación de una comunidad capaz de compartir los bienes fraternalmente. ¡Maravilloso error de cálculo aquél!, diría yo. Y así nos encontramos con las paradojas permanentes de la vida: aquello que nos produce un gran bien, a la vez trae la semilla de su propio mal. Pues bien, en medio de aquella maravillosa experiencia, se tenía también que aprender que el Espíritu deseaba –ya Jesús lo dijo en su ascensión (Hch 1,7-8)– llevar la Buena Nueva más allá de Jerusalén. De hecho, el libro de Hechos es una apología de que las palabras de Jesús en Hch 1,7-8 había que aplicarlas no sólo a los judíos de la diáspora, sino también a los paganos. Había pues que reformar aquella primitiva iglesia, y ello significó incluso sacrificar aquella fraternidad única que, se piense lo que se piense, Lucas propone como el ideal válido para toda iglesia a pesar de todo.

Conclusión: la reforma, una liberación que empieza por uno mismo

Tener celo por la obra del Señor, es una virtud. Amar su obra, entregarse a ella sin mirar atrás, debe ser nuestra vocación. Pero si el celo y el amor por su obra, nos hacen creer que nosotros somos los auténticos celosos guardianes de la reforma, entonces "aviados vamos", porque lo cierto es que las

verdaderas reformas siempre se han escapado del control de sus padres y madres reformadores. Eso sí, el control lo ha tenido el Espíritu Santo.

¿Y acaso no es esto un gran consuelo? ¿No es acaso liberador saber que, por más que nuestra buena fe no alcance a vislumbrar la estrategia divina, su Espíritu es quien vela por su obra e incluso se sirve de nuestros aciertos, limitaciones y errores?

¿QUIÉN NECESITA LA REFORMA? (El libro de Job)

Introducción: la reforma, ¿sólo para los 'malos'?

En los dos 'sermones-ensayo' anteriores me he acomodado a una asociación de ideas que todos solemos hacer: la reforma es para quien la necesita. Dicho de otro modo, sólo es necesaria para algunas personas o colectividades por razones de su deterioro moral o desviación doctrinal, por ejemplo. Y entonces me pregunto: ¿es esto así? ¿Es la reforma sólo para quienes la necesitan por algún tipo de deterioro? Entonces, ¿supone esto que hay quien no necesite de una reforma?

Quizás el libro de Job sea el mejor punto de partida para abordar este tema, que entiendo relevante para evitar que todo ánimo de reforma se convierta en una empresa de la más pura soberbia, ya sea personal o institucional.

Job: Don Perfecto

Job era 'Don Perfecto', y lo digo sin ánimo irónico, porque, además, lo afirma no sólo el narrador del libro en 1,1, sino que éste pone en boca de Dios mismo, y esto por dos veces (cf. 1,8 y 2,3), el mejor elogio que se puede hacer de un creyente. No se olvide, además, que tras la crisis mostrada en el diálogo entre Job y sus 'amigos' (¡menos mal que eran amigos!), y a pesar de las tremendas descargas de Job contra Dios, éste se mantiene en sus trece: "no habéis hablado de mi lo recto, como mi siervo Job" (42,7).

Así pues, parece claro que el narrador se ha propuesto no dejar escapatoria: si Dios ha sentenciado que Job era perfecto (o íntegro), ningún lector debería ponerlo en duda. Y yo no lo voy a hacer.

Pero ahí es donde nos encontramos con la grandeza de este libro: precisamente, el ser más perfecto de la tierra, es sometido a una serie de descalabros que, finalmente, arrancan de él la siguiente confesión:

Me aborrezco, y me arrepiento en polvo y ceniza. (42,6)

¿Se arrepiente un perfecto de algo? ¿Tiene esto sentido? Esta es la gran cuestión. Permítaseme un inciso técnico: por razones exegéticas y filológicas que no conviene exponer en un medio homilético, yo propondría otra traducción. A saber:

Desisto/Me rindo, y me consuelo en el polvo y la ceniza.

Esta versión se centra más en el aspecto de lucha de su 'diálogo' con los amigos, que finalmente forzaría la intervención divina y, sobre todo, el agotamiento de Job. Sí, al final Job deja de resistirse ante los argumentos de Dios, e incluso halla un consuelo en la miseria que vive. Esto es importante, porque no era ésta su actitud a lo largo del debate. Así pues, cualquiera que sea la mejor traducción –la Reina-Valera del 60 viene muy bien flanqueada por la mayoría de las grandes versiones–, lo cierto es que en ambas se refleja un cambio de actitud en Job, sólo que la segunda no arrastra las connotaciones ético-religiosas de la primera.

¿No resulta curioso que un Don Perfecto de verdad, tuviera que cambiar su actitud ante su terrible sufrimiento? ¿No resulta llamativo que Dios mismo se plegara a los deseos del fiscal de su corte –Satán–, aún cuando estaba seguro de la integridad de Job? ¿Por qué quiso Dios someter a Job a semejante descalabro personal, si sabía de su integridad? Realmente, el relato nos presenta una gran verdad: el sufrimiento no necesariamente nace con propósito de castigo; no necesariamente aparece por el pecado humano. Al menos, del lado de Dios está claro que él no lo ve así; otra cosa es el fiscal, que sí asocia sufrimiento con prueba y castigo (en este caso, y a su subjetivo entender, desvelar la hipocresía de Job). Pero Job se mantiene erre que erre a lo largo de su diatriba con los amigos, y Dios le da razón, como hemos visto antes: él era íntegro y no merecía lo que le sobrevino.

Pero le sobrevino, y fuera cual fuera la razón, en realidad ésta no importa (al menos sobre este suelo): queda en los arcanos de la corte celestial. Lo que sí importa es que Job cambió. O dicho de otro modo, incluso los íntegros han de seguir creciendo, han de cambiar. Y en este sentido, es cierto que incluso los más piadosos deben tomar conciencia de que también ellos han de exponerse a la reforma. De hecho, el gran lema reformado, *ecclesia reformata semper reformanda*, vendría a significar esto mismo.

Job, el otro

El justo, el piadoso, el recto, el comprometido, el nacido de nuevo o cualquier otra persona que busque sinceramente la justicia y la piedad o fe, no ha alcanzado por ello un techo. En cierto modo, debe asumir que en la corte celestial se pueden tomar decisiones que le lleven a verse expuesto a lo mismo que el pecador que sí necesita arrepentimiento. La vida se nos presenta muchas veces con sus extraños misterios, que quizás sirvan para hacernos a todos iguales, seamos mejores o peores. Creo que Jesús pensaba en esto cuando decía aquello de que:

Vuestro Padre [...] hace salir su sol sobre malos y buenos, y hace llover sobre justos e injustos. (Mt 5,45)

¿Significa esto que el justo debe dejar de presentar su caso? ¿Debe cejar en su búsqueda de verdad, justicia y fe? En definitiva, ¿significa qué no tiene sentido defender la postura que uno considere más justa? Desde luego, no es lo que hizo Job, y no es lo que le pidió Dios; todo lo contrario, le ensalzó por ello. Pero también aprendemos, como afirma Fernando Savater, que:

De una batalla vivida a fondo como tal –sea con armas o con palabras– no se sale vivo: se sale *otro*. (*Diario de Job*, Madrid: Santillana, 1997, pág. 46)

Y remedando a Savater, yo diría: no se sale ni vencedor ni vencido, sino *otro*. Así es como salió Job, quien, a pesar del refrendo divino, no se ve a sí mismo como un victorioso o triunfador. Parece que se ve a sí mismo de otro modo, que yo diría es mucho más humilde. Al menos, Job se sabe ahora muy ignorante; percibe con claridad meridiana que “hablaba lo que no entendía; cosas demasiado maravillosas para mí, que no comprendía” (42,3), por lo que se muestra predispuesto como un niño a preguntar (v.4). De alguna manera, se podría decir que Job sabe ahora que su piedad, o su justicia, o su fe, no son un bien adquirido ni una garantía de protección; simplemente, ahora sabe a ciencia cierta, en carne viva, que todo eso es un don de Dios que no conlleva una explicación de la vida. Desde ese don, debe seguir siendo un niño que pregunta.

Conclusión: Job, una piedad abierta al misterio

Personalmente, creo que todo esto es aplicable a nuestra experiencia comunitaria de la fe, que por lo general está sobrecargada de mucho diálogo – el formato más o menos democrático de nuestras congregaciones y denominaciones conlleva mucho hablar–, que en muchas ocasiones va

tomando una deriva más conflictiva y, finalmente, abiertamente beligerante, hasta acabar en hostilidad permanente. Se diría que el pueblo piadoso o de fe, el pueblo que proclama a un mismo Señor, y que se le llena la boca hablando de la fidelidad del matrimonio, es el mismo pueblo incapaz de cerrar sus debates sin vencedores ni vencidos; incapaz de salir de los temas habiendo cambiado profundamente –al menos, yo tengo la sensación de que nos pasamos años y años hablando de los mismos temas que sólo nos preocupan a nosotros--; y finalmente incapaz de zanjar las disputas con oraciones de intercesión.

En definitiva, de Job podemos aprender que la más profunda piedad no nos diferencia de nuestros oponentes, tanto si son hermanos en la fe como si no, en que ellos sí necesitan cambiar su vida, reformarla, y nosotros no. La fe, vivida en la más profunda piedad, debe llevarnos, en última instancia, a tomar mayor conciencia del misterio de la vida y todo cuanto abarca, lo que incluye la mayor parte de los conflictos en los que nos vemos involucrados. Quizás con esta conciencia, nos ahorraríamos muchas rupturas entre tanta gente tan piadosa.

